



Del Hombre que fue a la Luna

UNA vez, había un hombre que tenía la intención de irse a la luna. Naturalmente tal proyecto parece ridículo a cualquier de nosotros mortales; y hasta nos parece estúpido y peligroso; involuntariamente reimos cuando oímos hablar de semejante plan, como también nos burlamos de otros planes que no comprendemos bien por la simple razón de que nosotros mismos no les hemos planeado ni quizás sospechado.

Pero sepan que aquel hombre no era una criatura ordinaria tal como se encuentran en los mercados y las barberías. Su plan se había fijado tan profundamente en su cabeza extraordinaria que el hombre absolutamente quería irse a la luna. Ya desde su niñez

tenía aquella idea fija y desde su juventud sentía en su corazón un deseo loco e inquebrantable de subir y montar siempre más y más alto hasta la luz y hasta la luna como si hubiera sido llevado por una especie de éxtasis a la contemplación y la glorificación del cuerpo celestial más grande de la noche. Y como nadie durante sus primeros años de educación se empeñaba en arrancar de su cabeza inexperimentada esta obsesión tan loca, pues el hombre no soñaba más que en su próxima ascensión gloriosa hasta las alturas de la luna.

Ahora irresistiblemente dominado por su anhelo —tal como un hombre que se deja arrastrar por su amor ó para las criaturas ó para con Dios—el hombre salió de

viaje con el objeto de su reconcomio: iba en dirección de la luna.

Aquel hombre era muy inocente y muy cándido: tomó el primer camino que encontró, sin saber a donde iba ó en donde terminaría. Pues ni se preocupaba de saberlo: "Siempre llegaré" se decía, confiando en su sola luz y sus solas fuerzas.

Así es que andaba, y andaba... y andaba.

Y sucedió que un día encontró en el camino a otro viajero que le preguntó a donde iba con tanta prisa.

—"A la luna" contestó ansiosamente el hombre.

—"¿A la luna? Pero está aún muy lejos de aquí" replicó el primero, "Nunca llegará a su destino."

—"¿Lo cree V.?"

—"Si, señor, pero con su permiso quiero ayudarle; le indicaré un medio eficaz para llegar, porque sería un pecado mío imperdonable dejarle extraviar. Oiga: pase V. por la ciudad y allí procúrese todo el dinero que pueda. Hágalo con toda honestidad, si posible, pero procúreselo: cuanto más dinero tenga, tanto más se acercará de la luna."

El hombre singular dió las gracias merecidas al inesperado Salmon por un consejo tan precioso y tan infalible, y prosiguió alegremente su camino en dirección de la ciudad. Aquí trabajaba día y noche para ganar dinero: su vida no era más que una caza loca en

busca de oro; realmente sus sesos se abrasaban, su corazón batía más que nunca; cada centavo ganado bailaba ante sus ojos como un fantasma de felicidad; el hombre estaba para volverse loco; ganaba más y más dinero; festejaba, comía y bebía día y noche:

—"Ahora estoy en la luna" se dijo.

Pero cierta mañana muy de madrugada el hombre se encontró postrado en el lodo de un canal, medio muerto por el frío de la noche, ensuciado desde los pies hasta la cabeza y rodeado de media docena de muchachos reiendo y burlándose del triste espectáculo que ofrecía el hombre viajero. En este estado tan vergonzoso el hombre volvió en si mismo y se dijo que todavía estaba muy lejos de la luna; pobre y abandonado por los amigos de sus riquezas salió de la ciudad en busca de su diosa pero ahora por otros lados: quería absolutamente llegar a la estrella más brillante de las tinieblas.

Andaba pues otra vez a pasos de gigante y tan pronto como lo permitían sus fuerzas.

Y he aquí, que encontró un viajero que le preguntó a donde iba con tanta prisa.

—"A la luna" contestó enérgicamente el hombre.

—"¡Ho, ho!" replicó el viajero "está muy lejos aún. ¿Quiere V. que le ayude?"

—"¿Y como pudiera V. hacerlo, amigo?" preguntó el hombre

con cierta duda sobre la intención del consejero tan caritativo.

—“Pues es muy sencillo. Vaya a la ciudad...”

—“¿A la ciudad? Eso, nunca, señor.”

—“Oiga, amigo; un momento. Vaya a la ciudad y allí procure hacer algunos actos de fama mundial, y verá. La gente le honrará, le adorará como un ídolo y entonces verá: en seguida llegará al termino de su viaje.”

El hombre efectivamente escuchó el consejo tan precioso y fué a la ciudad. Se mezcló con los políticos, se puso a su cabeza, y, no sé por cuantas villanías y humiliaciones, llegó a ocupar el puesto más alto en el país; rechazó a los enemigos de la nación y trabajó como un negro para aliviar al pueblo de sus miserias. El mismo les dijo, y quizás estaba convencido de la verdad de sus palabras, que nadie hasta ahora había trabajado como él por el bien del país. Su fama llegó hasta los cuatro ángulos del mundo. Igual como un ídolo se mantenía derecho sobre los hombros de sus admiradores, pero como nunca ningún político se había elevado sobre un pedestal tan fuerte y tan firme.

—“Ahora al menos estoy en la luna” pensaba el hombre, cada vez que veía las muchedumbres arodilladas a sus pies, ó cuando les oía cantar sus glorias como salvador del país, ó cuando le echaban flores y ramos de amor

y entusiasmo.

Pero, un día, sucedió que algunos ciudadanos, probablemente envidiosos y quizás también en el camino hacia la luna, no podían contener más los sentimientos de sus corazones bajos y despreciables: empezaron a susurrar sospechas y falsos rumores sobre las acciones y intenciones del hombre, sobre el dinero que escondía en los bancos y otros países, y sobre otras villanías. Las noticias llegaron a los oídos de todos, estalló una revolución y todos aquellos que un día habían sido sus amigos, se volvieron contra el hombre glorioso, tomaron las armas y le persiguieron. A duras penas logró escaparse el hombre y cuando se había quedado solo, herido, cansadísimo y exhausto, escondido entre las espigas de alguna mata, el hombre pensaba y se dijo que el camino seguido en su último viaje no era el camino de la luna.

Debil y triste se levantó para buscar de nuevo el objeto de su viaje.

Y he aquí que encontró a una mujer tan bella como la mañana; sus cabellos bajando en largos bucles hasta las espaldas eran admirables; sus ojos eran dos joyas caídas del cielo; su sonrisa era como el primer saludo del sol veraniego. En seguida el corazón del viajero reventó, su entusiasmo ante la aparición no conoció límites, se echó a los pies de la doncella jubiloso:

—“¡Quiero estar a tu lado!”

La hija de Eva sonrió ante tanto cariño expresado en tan pocas palabras.

—“Quieres acompañarme a la luna?” el hombre preguntó temblando. La única contestación de la diosa era otra sonrisa de consentimiento. Nunca en su vida el hombre se había sentido tan cerca de la luna como en estos momentos.

Ya viajaba en los altos; navegaba en el espacio inmenso del azul del cielo; música y cantos celestiales le rodeaban por todas partes; estaba sumergido en la suavidad de su viaje: ya lo sentía: estaba para llegar al fin de su jornada, estaba cerca de la luna y cuanto más navegaba y cuanto más miraba a la aparición con estos cabellos y ojos tan superiores a los de otros humanos, tanto más cerca de la luna se sentía, tanto más feliz y satisfecho estaba su corazón.

—“Ahora, al menos, estoy en la luna” se dijo el hombre con toda la dulzura de su voz sofocada.

No sé si la señorita también se creyó en los campos dorados de la luna; no sé si ella era capaz de volar tan alto....

Pero cuando por fin el hombre se creía completamente libre de este mundo tan vil y bajo, y mientras estaba todavía subiendo y volando más y más alto hacia la luna, la gloria de las estrellas nocturnas, la mujer le dijo:

—“No eres más que un utopista.”

Y dicho esto abandonó al hombre.

Estas pocas palabras le derrumbaron, cayó....cayó desde las alturas gloriosas a las cuales su locura de amor le habían transportado....cayó más y más, de precipicio en precipicio, de tinieblas en tinieblas. Era una caída desesperada que le causó heridas mortales y le dejó en la triste realidad de su estupidez....

Creo que el hombre se volvió loco....

Esta es la verdadera historia del hombre que iba a la luna. Quizás esta historia nos demuestra la locura de intentar ir a la luna estando tan alta; sin embargo creo que algunos entre nosotros no són del todo libres de un sueño semejante.... Lo que les deseo, es que se despiertan antes de caer: la luna ¡está tan alta!....

